



UN TORO NEGRO EN LA VIEJA RENTERÍA

Una ya lejana impresión de la vida de Rentería —impresión antigua de ciento veintidós años—, se la debemos a Dembowski, viajero italiano de apellido polaco.

Dembowski, curioso viajero, había ido a Lezo desde Azpeitia con motivo de las fiestas septembrinas de la Santa Cruz el año 1840.

Al ver en Azpeitia a un nutridísimo tropel de gente, precedido por el tamboril, salir muy de mañana por las puertas de la villa, Dembowski preguntó al corpulento dueño del parador a dónde marchaba aquella masa.

Roque, campechano hospedero, bisabuelo mío, explicó al viajero que todos ellos marchaban a Lezo, en donde se celebraba la primera romería después de la guerra civil, circunstancia que prometía a la fiesta una brillantéz inusitada. Añadió al viajero la historia del milagroso Cristo, terminando por sugerirle que lo mejor que podía hacer era agregarse a los peregrinos.

Ni corto ni perezoso Dembowski atendió la sugerencia y caballero en la mula de Agustín, su espolique, llegó a Lezo poco después del mediodía.

Con toda clase de detalles nos cuenta el viajero sus impresiones de Lezo.

La muchedumbre aguardando pacientemente turno para penetrar en la capilla del Cristo; los cientos y cientos de velas ardiendo que espesaban el ambiente de la misma hasta hacerlo casi irrespirable; la legión de monaguillos afanándose en recoger los chorretones de cera; la variada colección de barcos de vela empavesados de colorines colgando del techo de la ermita; la procesión del Cristo; el fervor de los devotos; y por contraste, la bulliciosa alegría de un grupo de mozos golpeando a vejigazos a las chicas.

La romería animada por bandas de chistularis tocando sin descanso y, al día siguiente, la gran corrida de novillos en la plaza cerrada alrededor con una barrera y presidida por el alcalde con su vara blanca y los concejales acompañándole en el balcón principal del Ayuntamiento. La multitud aglomerada en los balcones y encima de la barrera y el payaso del lugar bailando solo en mitad del ruedo.

Cinco toros, aunque ninguno de muerte, se lidiaron aquella tarde de 1840 en Lezo. El más bravo de todos, un toro negro que llevaba un collar de cascabeles, propinó un revolcón mayúsculo a un joven aficionado y, por último, se escapó de la plaza saltando la barrera.

Y aquí viene una pintoresca nota de Dembowski relativa a Rentería. El viajero italiano añade que el toro negro fue cogido en Rentería donde sembró el espanto entre las vie-

por José de ARTECHE

jas que se quedaron guardando el pueblo, pues el grueso de la población había ido a Lezo.

Un muy bonito apunte retrospectivo renteriano.

Un pueblo solitario la tarde de un día que hoy, a ciento veintidós años, presumimos festivo a través de los felices detalles de un viajero. Unas calles donde unas viejas, a la puerta de las casas, probablemente juegan a los naipes alrededor de unas mesas bajas; y en este ambiente de insuperable tranquilidad, la súbita aparición de un torete con un ruidoso collarón de cascabeles, imaginado e identificado al punto como procedente de la capea lezotarra. Más vivo contraste no cabe.

La curiosidad me lleva irresistiblemente al tomo 13 del *Madoz* editado nueve años después del viaje de Dembowski. El «Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar», por Pascual Madoz.—Madrid, 1849.

¿Cómo era el solitario Rentería de las viejas espantadas por la súbita aparición de un toro huído de la novillada de Lezo?

«Situada sobre la orilla izquierda del río Oyarzun y al frente del canal de Pasajes, cuyas aguas la bañan por Norte en una llanura por esta parte y por la opuesta en un suave recuesto; el clima es sano, templado y muy delicioso en verano, aunque en invierno bastante húmedo y frío. Es villa murada con cinco puertas, y sobre sus muros se veían en otro tiempo las casas-torres de Gaztelu, Morroncho, Urdinso, Orozco y casa-palacio de Uranzu, de las cuales al presente están solamente en pie la de Morroncho y otra, no habiendo quedado de las demás sino unos paredones ruinosos; hubo también en otro tiempo cerca de la puerta de Oyarzun un baluarte, del cual y de los muros que miraban al Sur se conserva la mayor parte.»

Descripción más minuciosa no cabe. Añadamos que las siete calles de la villa estaban «enlosadas de piedra arenisca». El *Madoz* añade que: «antiguamente no se permitía entrar carruages en estas calles y plaza para que no perdieran la hermosura de su enlosado.»

Las dos impresiones se complementan, el fugaz pero certero apunte del viajero italiano y la cuidada descripción del incógnito o los incógnitos renterianos que, años atrás, se encargaron de responder al minucioso cuestionario de Pascual Madoz.